
LA NORMALIDAD COMO EFICIENCIA

Luís Esqueda Torres

INTRODUCCIÓN

Se sabe, en forma espontánea y a veces intuitiva, que lo **normal** es lo que estamos en capacidad de aceptar sin que nos altere o nos afecte. Es lo común, lo frecuente, lo que no escandaliza ni molesta; lo que nos puede llamar la atención sin que ello implique modificación del curso de nuestra conducta; lo que no nos desorganiza.

Lo más curioso de la normalidad es que la damos por hecho. Quizás sea eso: es lo natural, lo que fluye y ocurre espontáneamente. El problema es que es tan espontánea y natural que nadie parece preocuparse ni inquietarse por sus dimensiones e implicaciones. Hemos llegado al extremo de juzgar normalidad a partir de lo anormal, de lo patológico, de lo contaminado o enfermo. Y esto parece ocurrir en todos los planos de la vida del hombre, más especialmente a nivel psicológico.

Se supone que la psicología general es la ciencia que se ocupa del hombre normal, la que debe recopilar los conocimientos producidos por las otras ramas de la psicología y de otras ciencias para describir y comprender los determinantes del hombre. Se supone que la psicología clínica es la especialidad que se ocupa de la conducta anormal y que la psicología social es aquella que estudia al hombre interactuando con los otros hombres. Esa especialización no es nueva. Y se supone que tal división del conocimiento debió producir una información integrada capaz de decirnos cómo es el hombre normal y de ofrecernos parámetros para entender y curar lo anormal.

Pero no ha ocurrido así. Los investigadores en Psicología se han interesado más por las manifestaciones conductuales inusuales, por las expresiones emocionales disruptivas, por las personas excepcionales, por las tareas en grupos que no funcionan o por las organizaciones enfermas. Se observa, se diagnostica, se trata y se estudia lo que se siente inapropiado, pero se ha descuidado al hombre normal, la actividad normal, lo que la gente es o siente que es en condiciones normales. Es más, se ha llegado al extremo de pensar al hombre normal a partir de la anormalidad.

Para ilustrar el punto y sólo como ejemplo, diremos que el autor ha podido compilar solamente una tesis doctoral escrita sobre el tema de la normalidad psicológica (Berl, 1940) y dos libros sobre el hombre normal (Richard, 1955; Raitzin, 1946). Fuera de ese material, se encuentran sólo algunos artículos que tratan el tema en forma tangencial. La verdad es que poco se ha hecho para estudiar al hombre normal y la normalidad psicológica, y ésta es una realidad no solamente nacional sino internacional que, muy probablemente, representa un vacío significativo para entendernos como individuos.

ALGUNAS NOCIONES SOBRE NORMALIDAD

Como se notará, los puntos de vista sobre la normalidad psicológica son muchos. Si queremos ser sistemáticos para entender lo que la normalidad puede ser, debemos admitir que existen cuatro

grandes líneas (no excluyentes) que pueden orientarnos: la frecuencia, la conducta desviada, la conducta inadaptada o inapropiada y, por último, la desorganización psicológica o cognitiva. También existen otras formas de definir la normalidad menos convencionales y más retadoras para que el espíritu inquisidor: la normalidad como salud, como utopía o, como lo proponemos: eficiencia o ajuste.

La frecuencia no es otra cosa que la definición estadística de la normalidad. Es lo regular, lo que hace el promedio, lo que siente el promedio, lo que dice el promedio. No es muy alentador ser del promedio, pero al menos se tiene la ventaja (y quizás la certeza) de ser “normal”.

Esta definición estadística de normalidad ofrece dos grandes deficiencias: la primera, es que esta visión se encuentra ligada a números en el sentido de que es imposible determinar con exactitud la cantidad de personas verdaderamente libres de problemas y alteraciones psicológicas. Se estima que un 20% de la población mundial consulta, en un momento u otro por problemas de tipo psicológico. Se estima, igualmente, que un 60% de las enfermedades tienen una base psicosomática (OMS, 1992). Esas cifras hacen lo infrecuente, muy frecuente. El segundo problema, no menos importante, es que ser excepcional y ser normal no son dos cosas necesariamente muy distintas. Dicho de otra forma: muchas personas con talento, con unicidad, con genio, no pertenecen en lo más mínimo al promedio y no por ello dejan de ser personas absolutamente normales. Es más, cuando se evoca la definición de normalidad como utopía, se hace referencia, precisamente, a los seres excepcionales que la humanidad ha conocido y que se han convertido en ‘puntos de referencia’, ‘modelos’ que deseamos imitar.

Conducta desviada y frecuencia son dos términos cercanos, aunque no cubren el mismo espacio. La conducta desviada puede volverse, con el tiempo, muy frecuente. Eso ocurre con la moda, por ejemplo. Pero en términos de normalidad, quizás lo peor de la conducta desviada no se encuentra en la conducta que observamos, sino en nosotros mismos: la situación nos produce desagrado, nos incomoda, nos molesta en lo más íntimo. Ello ocurre cuando nosotros, los que formamos parte de la mayoría observamos a otro miembro de esa mayoría ofender las reglas establecidas y que nosotros aceptamos como propias. Es así como confirmamos que la conducta es desviada. Sin embargo, las normas son patrones culturales que varían de una sociedad a otra y lo que puede ser percibido como desviado en un medio dado y en un tiempo dado, puede ser altamente apreciado en otro sitio y en otro tiempo.

Supongamos por un instante que usted se encuentra en su oficina y que, de pronto, irrumpe un individuo peludo, barbudo, sucio, andrajoso, que solicita un empleo. El aspecto externo de la persona le provoca repulsión, desagrado. No se corresponde con lo que se espera o lo que usted espera.

La conducta desadaptada sí es percibida como incoherente porque bloquea el bienestar, el desarrollo y el pleno crecimiento de la persona. Como tal, dicha conducta tiene consecuencias directas para el individuo y para el grupo pues se trata de procesos que afectan la continuidad de la especie o del grupo. Se entenderá, entonces, que la mayoría de las personas que sufren problemas psicológicos los expresan a través de conductas inadaptadas, síntomas como depresión, angustia masiva o creencias irracionales. No obstante, la conducta adaptada no puede ser el único criterio de normalidad por cuanto ella expresa –igual que la conducta desviada- sólo un aspecto de lo que el individuo es como totalidad.

La inadaptación, aunque casi siempre conlleva alguna disfunción a nivel psicológico, puede no implicar violación de las normas sociales. Ese es el caso de la timidez extrema, por ejemplo. De allí que la inadaptación sea diferente de la desviación y requiera mayor apertura conceptual. Apertura que debe apoyarse en la tendencia conductual global del individuo, en la forma como organiza su mundo.

En todo caso, algo que parece claro para todo el mundo es que **normalidad** es sinónimo de **organización psicológica**. Es fácil deducir que anormalidad equivale a **desorganización psicológica**. La expresión “parece claro” describe bien lo que ocurre: sólo el propio individuo puede indicar acertadamente cuándo se siente desorganizado o cuándo algún acontecimiento posee potencial para desorganizarlo. La limitante es que, en una alta proporción de casos, las personas se empeñan en ocultar su nivel de desorganización a la espera de que “las cosas se arreglen” o el tiempo pase.

El hombre es un sistema de funciones psicológicas que depende de otro sistema mecánico e instrumental: el cuerpo, la organización anatómica. La debida concatenación de funciones psicológicas y corporales de un individuo hace que ese mismo personaje se aproxime a una zona libre de síntomas. A medida que las funciones psicológicas se perturban o se enfrentan unas con otras, o perturban o enfrentan las funciones corporales, en esa misma medida la persona se aproxima a la zona de desórdenes severos o de desorganización total.

La memoria, la flexibilidad sentimental y emocional, el pensamiento y el habla coherentemente articulados, la capacidad de atención y concentración, son algunos de los aspectos del área psicológica que deben expresarse dentro de una cierta coherencia, en función de la experiencia vivida y de las exigencias ambientales (Crider, Goethals, Kavanaugh y Solomon, 1983). Debe haber concatenación, articulación, interacción entre esas funciones para sentir que se tiene frente a sí a una persona que funciona adecuadamente. ¿Cómo sabemos que tenemos frente a nosotros una persona deprimida? Precisamente porque somos capaces de detectar que alguna o algunas de las funciones psicológicas básicas no están operando convenientemente.

NORMALIDAD COMO EFICIENCIA

Dentro de este contexto hay algo que va mucho más allá de la simple organización funcional del sistema y que hace de la normalidad psicológica un trascendente problema: se trata del objetivo ¿Para qué funciona el sistema? ¿Qué propósitos tiene?. Dadas las consideraciones anteriores debería asumirse, a título de hipótesis, que la normalidad es función del propósito para el cual el sistema se usa. En nuestro caso, la eficiencia de las funciones psicológicas debería traducirse en un producto: un hombre feliz, contento de sí mismo, orgulloso de vivir y de disfrutar de la vida, una persona asertiva, segura, predecible, autónoma, y que sabe aprovechar sus recursos adecuadamente, en función de las exigencias del ambiente en que se encuentra. Eso es, precisamente, lo que estamos estudiando. ¿Es eso realmente normalidad?.

La eficiencia del sistema psicológico puede ser concebida como el ajuste casi automático que el individuo es capaz de producir en función de una demanda o exigencia externa. La eficiencia no es **utopía**, no es una matriz de funciones altamente integradas que producen un hombre perfecto o excepcional que marca la historia. Tampoco es ausencia de psicopatología, como en el caso de la **normalidad como salud**. La normalidad como eficiencia es, más bien, integración funcional entre recursos y propósitos. Mientras mayor es la integración, mayor es la eficiencia en general. ¿Por qué no imaginar que eso puede ocurrir en el ser humano el cual persigue objetivos a veces inconfesables, incluso para sí mismo?

Lo importante es entender que la noción de eficiencia asociada a la de normalidad psicológica cambia el enfoque que tenemos del individuo: ya no es normal el del montón, el hombre promedio; ni es anormal el que presenta alguna conducta desviada o desadaptada. Es más, ya no es anormal el que presenta evidentes rasgos de desorganización, siempre y cuando su capacidad de contacto sea suficiente como para garantizarle eficiencia en algunos propósitos. Es normal, sencillamente, el que sabe dosificar sus esfuerzos. Se pasa así de una visión clínica a una

visión psicosocial de la normalidad. La psicología clínica y la psiquiatría habían tomado para sí el trabajo de determinar lo que era y lo que no era normal en la conducta humana. Para determinar normalidad se estudiaba la anormalidad, los casos desviados o fuera de lo común. Se definía la mayoría a partir de la minoría, asumiendo que los parámetros de la mayoría todo el mundo los conoce y sabe identificarlos. Sin embargo, la misma evolución social y el desarrollo del conocimiento sobre el hombre, las consideraciones de costo y de economía de mercado, han conducido a entender que ser normal no es, necesariamente, parecerse a los demás, sino contribuir productivamente al progreso colectivo, obteniendo de la acción y de la conducta propia, beneficios personales directos o indirectos.

Las evidencias de la investigación científica nos confirman cada vez más que la discriminación clínica, tal como se viene haciendo con los procedimientos de pruebas estandarizadas, permiten afinar las áreas específicas de desajuste y remediar puntualmente lo que no anda bien. Y ello no compromete obligatoriamente el funcionamiento total de la persona. La misma psiquiatría abandonó los muros del asilo para buscar la integración del paciente mental a su núcleo de origen y, los últimos procedimientos de medida confirman que, efectivamente, existe una estrecha asociación entre medidas de eficiencia psicológica y perturbaciones clínicas definidas. Esta es la visión que se desprende de un trabajo sistemático sobre normalidad emprendido desde el año 1993 y que será presentado aquí en sus rasgos esenciales.

LA PRIMERA INVESTIGACIÓN

Aunque no es lo acostumbrado y no es lo que se enseña en metodología de la investigación científica, durante los primeros pasos del trabajo sobre normalidad no se partió de una concepción preconcebida de normalidad. Simplemente, se le asignó a estudiantes de un postgrado en Psicología Clínica la tarea de ir a la calle y preguntarle a muestras homogéneas (maestras, enfermeras, policías, soldados, etc.) qué era para ellos normalidad, cuáles eran las características de una persona normal, cómo sabían ellos que una persona era normal. El formato era un cuestionario abierto. El encuestado podía escribir directamente sus respuestas o el encuestador copiaba lo que la persona le dictaba. En total, se recogieron 487 encuestas que fueron procesadas siguiendo el procedimiento de análisis de contenido y el sistema de agrupación por categorías significativas o semejantes.

Los resultados han sido agrupados para facilitar la lectura de la información. En muchos casos, la clasificación de una respuesta determinada no obedeció a la decisión del investigador principal, sino a la lectura mayoritaria de los estudiantes del postgrado, todos psicólogos profesionales, quienes procedieron a un análisis preliminar de sus propios resultados. Este procedimiento se consideró apropiado porque respetaba el criterio de no obedecer a posiciones teóricas o clasificaciones preestablecidas. Un ejemplo puede contribuir a aclarar este punto: Varias personas señalaron que normal es “ser como los demás”. Una psicóloga clasificó esa respuesta dentro de la categoría “todo lo que la gente hace”, tres las clasificaron en “lo común”, lo corriente y otra en la categoría “lo que no molesta”. ¿Cómo darle sentido a esa disparidad de interpretaciones?. Se utilizó una norma sencilla de mayoría y se reagruparon las respuestas en la categoría que había recibido mayor concordancia.

¿Qué es lo normal?	
· Lo que no molesta	29%
· Lo común, lo corriente, lo usual	26%
· Lo que la gente hace	21%
· Aquello que se acepta, aunque no sea lo mismo que uno piensa	13%
· El trabajo, la colaboración, la productividad	8%

· Otras respuestas	3%
Características de una persona normal	
· Trabaja, produce, se ocupa regularmente de algo	40%
· Alguien feliz, sin rollos, que disfruta la vida	34%
· Capacidad, entendimiento, sensibilidad	16%
· Persona social, preocupada por los demás, atenta	8%
· Otras respuestas	2%
¿Cómo se sabe que una persona es normal	
· Porque se ocupa, está haciendo algo, es continuo en lo que hace	37%
· Porque anda limpio, se viste adecuadamente, tiene buena apariencia	21%
· Porque habla como es debido, respeta a los demás, escucha, no abusa	18%
· Porque tiene hijos, familia, amigos, es querido	13%
· Porque se comporta bien, respeta la ley, es conforme	9%
· Otras respuestas	2%

Como podrá notarse, al agrupar las respuestas, surgen dos dimensiones particulares que aparecen, muy especialmente, cuando se describen las características de la persona normal. Esto es: la ocupación, el trabajo y la satisfacción por la vida y por sí mismo. La información es altamente relevante por cuanto la muestra de individuos encuestados estuvo conformada, en su gran mayoría, no por profesionales o especialistas del área, sino por personas cuyo nivel educativo alcanzaba el bachillerato o el nivel técnico (en realidad, sólo el 6% de la muestra eran profesionales. La muestra incluyó también un grupo de reclusos, uno de prostitutas y un grupo de homosexuales).

Ello quiere decir que al preguntarle al trabajador, al obrero, al empleado o al funcionario sobre lo que les permite orientarse en la vida para determinar si quienes le rodean son normales o no, el criterio central es el trabajo, la ocupación en general y la satisfacción del individuo ante sí mismo y por lo que hace.

Otro indicador relevante es la apariencia o el cuidado personal. Normalmente no aparece solo, pero muy frecuentemente acompaña al resto de los indicadores de una forma u otra. No obstante, debe señalarse que el peso de la apariencia es más importante, al menos más consistente, para las mujeres que para los hombres.

Por supuesto, dentro de este análisis primario de la información recolectada, destaca el hecho de que lo normal sea “lo que no molesta” (29%), “lo común” (26%). Es decir, la definición estadística de la normalidad, la normalidad como frecuencia, encuentra aquí un apoyo empírico directo pues el 55% de la muestra se orienta, en esencia, a través de estas dos dimensiones de clasificación.

Dicho de otra forma, la población general se orienta ante lo que es “normal” por lo que prescribe la mayoría, lo que acepta o se supone que acepta la mayoría. Esto es cuando lo normal es considerado en abstracto, sin estar conectado con una situación o una exigencia particular. Pero al solicitar qué caracteriza a la persona normal, es decir, qué hace y dentro de cuál contexto la persona normal ejecuta, entonces se cambia de enfoque y aparecen indicadores de mayor interés porque son más evidentes: Trabajo, ocupación, producción, felicidad o satisfacción, aspecto externo.

SEGUNDA INVESTIGACIÓN

Después de analizar la información recolectada y agrupada por categorías, se regresó a las encuestas para extraer las frases y las formulaciones originales de las personas. La idea era producir un cuestionario susceptible de ofrecer una medida de normalidad psicológica, sin connotaciones o sesgo de patología, a partir de lo que la gente en general siente o piensa que es la normalidad. Con ese criterio en mente, fue posible extraer 64 afirmaciones que fueron (algunas de

ellas) rephraseadas para adaptarlas al formato del cuestionario, pero respetando su formulación original.

El cuestionario así creado fue administrado a 328 personas, de las cuales 141 eran estudiantes y 187 eran (como en la muestra anterior, empleados, obreros o profesionales de diversos ambientes institucionales o empresariales). De ese grupo, 152 eran varones y 176 hembras. La edad promedio de la muestra total fue de 26,6 años.

Se utilizó un formato tipo Likert de seis puntos que va de 1 (completo desacuerdo) a 6 (completo acuerdo). Los resultados obtenidos fueron sometidos a un análisis de correlación de Pearson para determinar la consistencia interna de las 64 afirmaciones y solamente fueron retenidas, para efectos del análisis factorial de la escala, las 30 afirmaciones que correlacionaron a más de .35 con el total.

Al aplicar el análisis factorial a las 30 afirmaciones seleccionadas, se determinó que 22 ítemes cargaban y se agrupaban apropiadamente en dos factores. Algunas de las 8 afirmaciones dejadas por fuera, bien sea porque repartían sus cargas factoriales entre ambos factores o porque no cargaban en ninguno de los dos, tenían que ver con dos aspectos: la apariencia personal y la conducta ajustada. Dos de esos ítemes fueron, por ejemplo, “Lucir bien es importante para sentirme bien”, y “En todas las situaciones uno debe comportarse como la gente espera que uno lo haga”. Al examinar las cargas factoriales de cada ítem por separado y su respectiva agrupación por factores se tomó la decisión de retener las 22 afirmaciones, considerando que el puntaje obtenido por la escala así constituida sería representativo de una medida de normalidad o ajuste psicológico.

Item	Factor 1	Factor 2
1	.63	.20
2	.38	.12
3	.63	.19
4	.41	.02
5	.45	.10
6	.56	.10
7	.53	.04
8	.60	.21
9	.64	.22
10	.49	.07
11	.47	.07
12	.52	.12
Item	Factor 1	Factor 2
13	.01	.71
14	.22	.64
15	.22	.64
15	.01	.71
16	.03	.72
17	.12	.43

18	.20	.45
19	.15	.57
20	.08	.54
21	.06	.72
22	.19	.58

El primer factor quedó conformado por 12 ítemes que miden preocupación por la eficiencia, dedicación a la tarea, ausencia de envidia por el éxito de los demás, sentimiento de ser justo, sentimiento de riqueza y densidad personal, autocontrol. Es un factor donde predomina la idea de eficiencia y de asertividad individual. El segundo factor quedó conformado por 10 ítemes que evalúan el grado en que la persona se siente satisfecha consigo misma y con la vida, con lo que hace, su nivel de disfrute de lo que le rodea. Es un factor que evalúa la satisfacción por la vida.

La proporción de varianza explicada por el primer factor es de .39, mientras que la del segundo factor es de .45. De hecho, al examinar las cargas factoriales reportadas para el segundo factor, se puede notar que ellas son consistentemente más altas.

Basándonos en los indicadores ya señalados, **normalidad** quedó así definida como el grado en que la persona **percibe que usa sus recursos eficientemente y está en capacidad de expresar su satisfacción por la vida, afirmándose como individuo ante los demás**. Es la cantidad de energía auto percibida que la persona destina a afirmarse ante los demás y en el ambiente que lo rodea; la posición de la persona ante la vida, independientemente de que los eventos sean buenos o malos. La escala total que mide dicha concepción recibió el nombre de **NORMALTA**.

TERCERA INVESTIGACIÓN

Al disponer de una escala o cuestionario susceptible de ofrecer una medida de normalidad psicológica desde el punto de vista psicosocial, resultaba indispensable probar el nivel predictivo de la misma. No era suficiente contar con un cuestionario que había demostrado ser altamente confiable como escala de medida; también se necesitaba comparar entre personas que funcionan adecuadamente y personas cuya historia personal y clínica indica un cierto nivel de desajuste.

Ese estudio fue posible gracias al trabajo de la Dra. María Eugenia López. La mencionada investigadora encuestó en el Hospital Universitario de Los Andes, en el seno mismo del Departamento de Psiquiatría y comparó la historia clínica, el diagnóstico establecido y los puntajes en Normalta de 253 pacientes ambulatorios del Servicio. Igualmente, tomó una muestra de 63 personas, acompañantes de los pacientes, a los cuales se administró la misma escala.

Los resultados son concluyentes: mientras que la muestra de acompañantes obtuvo una media de 108, con una desviación estándar de 13 puntos (la media nacional es de 110 con una desviación de 15), el grupo de pacientes obtuvo una media de 85, con una desviación de 8 puntos. Esa diferencia es estadísticamente significativa ($p = .001$). Es decir, los puntajes obtenidos por la muestra de pacientes ambulatorios del servicio de psiquiatría son significativamente distintos de los puntajes obtenidos por la muestra de acompañantes y por la muestra nacional que, asumimos, constituye un grupo de personas funcionando normalmente. Más aún, al comparar por nivel de gravedad del diagnóstico clínico previo, siguiendo la clasificación del DSM III-R, se constata que a mayor complejidad de la sintomatología clínica del paciente, más bajo el puntaje en Normalta.

Los resultados reportados indican que la Escala Normalta discrimina adecuadamente entre las personas que sufren de desajuste psicológico y las que, dentro de ciertos límites, mantienen un apropiado grado de funcionamiento para consigo mismas y para con el entorno.

Un cuarto estudio, que no será detallado aquí, comparó los puntajes obtenidos por una muestra de estudiantes en el test MMPI (Minnesota Multiphasic Personality Inventory), el más elaborado y ambicioso instrumento de medida de la personalidad diseñado hasta ahora, con los puntajes en Normalta. Se puede adelantar, en relación a los resultados preliminares de ese trabajo, que la escala de normalidad es capaz de discriminar entre los sujetos que obtienen altos puntajes tanto en neuroticismo, como en psicoticismo en el MMPI y aquéllos que no.

DISCUSIÓN

La eficiencia percibida, la asertividad y la satisfacción por la vida como componentes de la normalidad psicológica no representarían ningún aporte específico al conocimiento si esos elementos no se hubiesen desprendido de un exhaustivo análisis de respuestas de distintas muestras de la población general venezolana y si, simultáneamente, no se hubiese tomado la precaución de categorizar, sistematizar, dicha información hasta llegar a crear una escala de medida que, desde el punto de vista psicométrico, cumple con las propiedades técnicas exigidas y ofrece pruebas consistentes de validez discriminante y convergente.

La definición de normalidad psicológica utilizada en el presente trabajo no pretende cubrir ningún espacio particular dentro del campo específico de la psicología clínica pues no se fundamenta en ningún análisis de conductas, pensamientos o actitudes sesgadas por sufrimiento emocional, desorganización psicológica o conductas aberrantes. Muy por el contrario, se tomó en cuenta, precisamente, lo que la gente detecta como lo más corriente, lo más característico, lo típico del individuo normal. Se trata, pues, de una visión psicosocial de la normalidad.

Visión psicosocial que debe desarrollarse y afinarse en el futuro con nuevas investigaciones. Ello es indispensable por cuanto, como se indicó, el análisis factorial de la escala muestra que el factor que explica mayor varianza, dentro de esta concepción de normalidad, es aquel que mide satisfacción, deleite, entusiasmo y disfrute (o capacidad de disfrute) por la vida y por lo que se hace en ella. La satisfacción por la vida o la capacidad para sentir satisfacción, transmitir esa satisfacción y disfrutar de ella, es un elemento que debe contribuir a combatir el estrés dañino y pernicioso, que debe afectar la eficiencia, que debe conducir a sentimientos de desagrado y desajuste personal. Las conexiones entre tales aspectos deben ser investigadas en detalle, para establecer mejores estrategias de intervención y de rehabilitación en los casos de sufrimiento y desajuste.

Que la satisfacción por la vida (en tanto que factor) aparezca como ligeramente más consistente que el factor eficiencia y asertividad (en las medidas reportadas), no invalida la definición avanzada de normalidad en término de eficiencia. Hay que recordar que la mayoría de la muestra encuestada, cuando se utilizó el formato abierto, señaló que el criterio de normalidad más importante para ellos es que la persona se encuentre haciendo algo, trabajando, produciendo. Este es un punto importante porque sitúa la normalidad dentro de un límite social relevante: mientras la persona produzca, mientras sea capaz de llevar a cabo una tarea con continuidad, mientras pueda centrarse o concentrarse en algo productivo para ella o para la comunidad, podrá también expresar opiniones, sentimientos o conductas no ajustadas a las expectativas del grupo y, sin embargo, seguirá siendo considerada como una persona normal.

Puede decirse que, el nuestro, es un enfoque postmoderno de normalidad psicológica, un enfoque contaminado por la realidad económica que vivimos, pero es un enfoque no del todo descartable que ni podemos ni debemos descuidar.

REFERENCIAS

- Berl, E. 1940. **Normality: An Historical and Comparative Analysis of the Concept**. Doctoral Dissertation, New York University.
- Richard, G. 1955. **Psicoanálisis del Hombre Normal**. Editorial Psique. Buenos Aires.
- Raitzin, A. 1946. **El Hombre Normal: ese otro desconocido**. Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
- Crider, A; Goethals, G; Kavanaugh, R. y Solomon, P. 1983. **Psychology**. Scott, Foresman and Company, Dallas, Texas.